

HELLO, MR. KISSINGER



Y es que este hombre no para. Anteayer le veíamos llenar los pasillos del antepalco del estadio de Munich con su sonrisa llena de cara, esa cara enorme en correspondencia con una cabeza no menos enorme, que parece contener un calculador anatómico de la tercera generación. Al día siguiente estaba entre nosotros dispuesto a declarar conjuntamente con don Pedro Cortina Mauri los principios que unen la relación España-USA. Hoy acabo de verle en TV en los prolegómenos de su declaración ante los investigadores del caso Watergate. La misma sonrisa que en Munich y en Madrid, pero sus saludos a la escasa multitud no responden a ningún aplauso. No se sabe si bajo la influencia de Dale Carnegie, los políticos norteamericanos saben que hay que saludar se les vitoree, se les abuchee o se les acoja con indiferencia. Su imagen es la que centra la atención del espectador y el mensaje que recibe es el del triunfo del saludo, no importa lo que haga o deshaga el coro.

Ultimamente lo enterramos todo. Ivan Karamazov proclamó la muerte de Dios. Foucault, la del hombre. Taviani, la del fascismo. Fernández de la Mora, la de las ideologías. La prensa francesa, con lentitud de entierro, proclama nada menos que la muerte de Europa. Según parece, esa muerte se ha fraguado en el plazo de un año: desde la guerra del petróleo hasta la aceptación de la nueva Carta Atlántica, consumada en las reuniones de Ottawa y Bruselas. En síntesis, la muerte de Europa ha sido producida por la consolidación de la hegemonía norteamericana dentro del sistema capitalista mundial: a nivel económico (control norteamericano de fuentes energéticas, de fuentes de materias primas y de mercados sustanciales), a nivel estratégico (los avances de la tecnología bélica norteamericana siguen siendo fundamentales para defender la supervivencia del capitalismo europeo y la presencia de tropas USA en Europa sigue siendo un importante medio de disuasión para los avances nacionales e internacionales del «antagonista»), a nivel político (como consecuencia de la dependencia económica y estratégica, la entidad nacional e internacional de Europa queda relativizada y en gran parte supeditada a los objetivos históricos de Estados Unidos).

Indudablemente, asistimos a la muerte de una Europa capitalista independiente, porque la lógica del sistema, en una fase de su aguda concentración, no va precisamente por los caminos de la dispersión, sino todo lo contrario. El sistema capitalista tiende, por una parte, a acentuar los lazos internos de dependencia, y, por otra, a legitimar tensiones y contradicciones derivadas precisamente de la acentuación de esa dependencia. La racionalización del reparto de mercados se revela insuficiente y el desarrollo desigual de cada una de las partes del sistema se acentúa por la dificultad de acceso a la materias primas y por el subdesarrollo tecnológico. La guerra del petróleo ha servido para demostrar que Europa no dispone ni de suficientes fuentes de materias primas, ni de suficientes mercados para garantizar su superproducción. Sólo le quedaba como opción el entrar en abierta competencia con Estados Unidos en la búsqueda de colonias económicas propias, pero esa competencia sólo podía hacerla, hasta cierto punto, por la vía pacífica y, hasta ningún punto, por la otra. Una de las contradicciones más caras de la Europa capitalista actual es que practica imperialismo económico y no está en condiciones de respaldarlo con una fuerza disuasoria política y militar.

De momento, pues, hay que enterrar la Europa degaullista, en la que nunca creyeron excesivamente ni Alemania, ni Inglaterra, ni Italia. ¿Por qué esa desconfianza? Porque cuantitativa y cualitativamente la economía de esos países está mucho más minada por las termitas de la inversión USA y porque la adecuación de sus oligarquías al desarrollo del sistema mundial se ha realizado antes y mejor. Pero enterrar la Europa de los monopolios o la Europa de las patrias o la Europa de Eurovisión, no quiere decir enterrar Europa. En definitiva, la Europa actual es el resultado de la hegemonía de unas fuerzas sociales que controlan y se benefician del sistema capitalista de producción. La relación de fuerzas sociales durante la etapa «neocapitalista» se ha traducido en un pacto político explícito y en un pacto social implícito, en el que las situaciones de conflicto siempre se detenían en las puertas mismas de la ruptura del pacto político. Ha

bastado una crisis neocapitalista para que lo coyuntural de ese estatus quedara al descubierto y para que los avances de la clase obrera a través de los sindicatos y de los partidos representativos pusiera en peligro, en Francia, Italia e Inglaterra, la hegemonía de las fuerzas sociales que controlan y se benefician del sistema. Ante esta situación, los Estados Unidos tienen que dar marcha atrás en su operación de castigo a la desafecta Europa capitalista. Llamándola al orden, al mismo tiempo tienen que darle un respiro para que trate de integrar, asumir y superar el nuevo desafío que se plantea en la relación de fuerzas sociales. La «disuasión mutua» impregna todo tipo de relación: entre USA y URSS, entre cada una de esas cabezas y sus socios, entre la empresa y los obreros, entre la mujer y el marido, entre la portera y los vecinos. El paraguas nuclear norteamericano protege a la Europa capitalista de una invasión soviética, pero no de que Francia pueda tener dentro de unos años un gobierno socialcomunista o que los laboristas ingleses vayan en el futuro decantándose a una «política de clases» impuesta por las exigencias y necesidades objetivas de su clientela electoral, o que ya en la Italia actual el gobierno de centro izquierda viva porque el partido comunista le haga la vida posible o que en Portugal no se haya podido liquidar al fascismo sin acordar una tregua política con el partido comunista.

En la imposibilidad de que ese «paraguas nuclear» desaloje a la izquierda de las posiciones avanzadas que está tomando en toda Europa, a los Estados Unidos no les queda otra solución que apuntalar económicamente el sistema para que funcionen los mecanismos de integración social, paralizadores o relativizadores del conflicto entre las clases. Va a ser un apuntalamiento difícil, porque apuntalar la expansión del capitalismo europeo sin debilitar la expansión del capitalismo norteamericano es una solución que requiere más imaginación que la que pedía el excelentísimo señor Arias Navarro para proclamar asociaciones políticas a la española. Los Estados Unidos tienen verdadero pánico a que la Europa de los monopolios se vea sustituida por una Europa mayoritariamente gobernada por

coaliciones socialistas que iniciarían largos y lentos períodos de transición, pero, sin duda, irreversibles períodos de transición hacia una organización socialista de la sociedad, en la que se inducirían los principios democráticos de una cultura que ya ha dejado de ser «liberada» y se ha convertido en patrimonio colectivo. Esa otra posible Europa no está muerta. Está ahí, latente, y uno diría que alarma casi en igual medida a Washington como a Moscú.

Después de la cumbre de Moscú, pequeño cerrillo hecho a la medida de la disminuida estatura de un Nixon enterrado por el caso Watergate, Kissinger ha viajado por Europa en una operación exclusiva de relaciones públicas. Este tipo de encuentros no son otra cosa que metalenguaje publicitario para que las imágenes se encuentren en la retina del espectador y funcione el «slogan»: Ponga un Kissinger en su vida y en su historia, o Kissinger, la chispa de la vida y de la Historia, o ¿acaso tiene Kissinger burbujas? Kissinger es un determinista que basa su actuación en el dominio de su inmensa cantidad de información y en la aplicación del esquema lógico de la «disuasión mutua». Kissinger trata de convertir la Historia en una fotografía, en una inmensa escena llena de parálisis, sin posibilidad de ir adelante o atrás, sin otra piedad que tratar de hacer la silla lo más confortable posible. Es la lógica que necesita un sistema que ya no puede dar un paso atrás sin comenzar a arruinarse y que tiene la suficiente fuerza como para negarse a retroceder.

Los viajes de Kissinger por provincias son para que los provincianos se sientan acompañados y recordados. En realidad, el reparto de papeles ha sido previo, se ha gestado a altos niveles diplomáticos, bancarios y militares. Kissinger es la guinda del daikiri, es el elemento que más destaca, pero el sabor del daikiri es independiente de la guinda.

No es que un servidor le tenga manía al personaje. Al contrario. Me fascina. No es que un servidor sea un antinorteamericano por consigna o vísceras. Al contrario: mi retrato robot del «hombre bueno» histórico es Spencer Tracy en el papel de juez en la película «Vencedores y vencidos». ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.